*Esta carta fue encontrada en 1988 en una botella de vidrio, enterrada en el campo de Septfonds (destruido en 1945) por un campesino que realizaba trabajos agrícolas en su terreno. Actualmente la carta está conservada en los archivos de la Mounière.*

El 30 de agosto de 1942, Septfonds

Ayer, le pedí a uno de los guardias del campo si podía darme algunos folios y un bolígrafo para escribir una carta. Aquí me siento tan solo y necesito contar mi historia, quiero que se acuerden de mí, de mi vida, de mi familia. He decidido escribir estas cuantas páginas para dejar una huella de mi paso porque no quiero que me olviden. Desde hace un tiempo, las salidas del campo son constantes, tengo miedo de ser el siguiente y no sé a dónde me mandarán…

Me llamo Jacob Slowinski, nací en Varsovia el 17 de julio de 1903. Vivía allí con mi madre y mis hermanos y mis hermanas en un gueto judío. Empecé a trabajar en una carpintería con 14 años. La vida era dura para los judíos de Polonia. En noviembre de 1918, fuimos víctimas de un pogrom, que nos echó a la calle, a mi familia y a mí. Lo perdimos absolutamente todo y desgraciadamente mis dos hermanas murieron por culpa de nuestra miseria. La culpabilidad de no haberlas protegido y la tristeza todavía me siguen atormentando hoy. Pudimos volver a encontrar una vivienda estable, pero la crisis económica llegó y mi madre perdió su trabajo. Solo mi empleo en la carpintería nos permitió sobrevivir.

En 1935, yo también perdí mi trabajo. Decidí irme a Francia a regañadientes porque tenía que dejar mi familia atrás. Encontré rápidamente un puesto en una mina de carbón en Lens. Los comienzos fueron difíciles, ganaba poco y solo hablaba yiddish. Con el tiempo, conseguí apañándomelas en francés.

En 1939, me enteré de la invasión de Polonia y en 1940, de la de Bélgica. Por miedo, con otros judíos, decidimos irnos hacia el sur de Francia, pasando por París. Allí me enteré que mi familia estaba encerrada en el gueto de Varsovia.

En junio de 1940, llegué a Montauban esperando una vida mejor pero bajé rápidamente de las nubes cuando las leyes anti-judíos nos obligaron a registrarnos en el censo. Tuve que resolverme a ir en octubre de 1940 y así fue como me redujeron a una simple palabra sellada en un carné de identidad. Judío. Desde entonces, no dejo de sobrevivir en el miedo, la angustia y la miseria.

Durante la primavera de 1942, me asignaron a residencia en Caussade con otros judíos y el 13 de mayo de 1942, me mandaron al campo de Septfonds. Allí me incorporaron en un grupo de trabajadores, el 302 GTE. Realizo sobretodo trabajos de mantenimiento y de jardinería en el campo. Un día, en la huerta, encontré una cuchara. No sé por qué, esa cuchara, más bien común, me provocó emoción, y decidí guardarla.

Los guardias son tiránicos, la higiene es abominable, las comidas casi no merecen su nombre. Establecí vínculos con personas que hablaban yiddish y francés pero me siento terriblemente solo.

Hace algunos días, vi llegar a Septfonds judíos que venían del Lot y del Tarn-et-Garonne, y entre ellos, por primera vez, había mujeres y niños. ¿Cómo se puede obligar a seres tan jóvenes y frágiles a vivir aquí en condiciones como estas? ¿Cómo pueden los empleados del campo mirarlos, ver el miedo en sus ojos y seguir indiferentes? Entre estos nuevos prisioneros, había una chica atemorizada. Para intentar distraerla, le hice un truco de magia con mi cuchara.

Veo las autoridades del campo separar a algunos de nosotros, trabajadores del GTE nº302 y meterlos en un lugar especial. La mera idea de formar parte de ellos y de volver a ser separado de las pocas personas que conozco, me atemoriza.

Acaba de anochecer, tengo que volver a mi barraca. Tú que encontrarás esta carta, si la encuentran algún día, no nos olvides y sobretodo nunca más esto. No olvides que luchamos con valentía frente a la barbarie nazi, yo y todos los que han caído bajo el yugo de la tiranía y del horror humano. Poco importa nuestra nacionalidad o nuestra religión, hemos permanecido todos juntos en pie y dignos frente a nuestros opresores con la esperanza de que un día justicia sería impartida.

*El 3 de septiembre, Jacob y otros judíos terminan embarcados en un tren hacia Drancy antes de ser enviados a Auschwitz sin saber que la muerte les espera al final de los raíles.*